

URBANISMO VALENCIANO

PERSONALIDAD ARTISTICO-HISTORICA DE VALENCIA.
FORMULAS URBANISTICAS.—LO TIPICO, LO PINTORES-
CO Y LO MONUMENTAL.—EL PAISAJE DE LA CIUDAD.
FUNCION URBANA DEL MONUMENTO.—LOS ESTILOS
Y SU CONCORDIA.

Reaparece, con alborozo de sus viejos amigos, este ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, que nos estaba faltando con dolor de espíritu y de corazón. En una proyección de resurgimiento cultural de Valencia, del que hay síntomas en varias manifestaciones literarias y artísticas, nuestra Revista es una pieza importantísima y trascendente como acopio y compilación de todos los elementos presentes o desaparecidos del patriciado espiritual y del patrimonio histórico del Reino de Valencia, unidad cultural ésta de la que Dios nos hizo beneficiarios y responsables.

Y renace ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO cuando, afortunadamente, un objeto de arte comparece o le traemos a nuestra consideración. Es magno, totalitario e integral. Es una urbe: Valencia. Es la ciudad misma en una concepción artística, muy nueva y muy vieja. Es una Villa de Arte, como individualidad colectiva integrada por monumentos, iglesias y perspectivas, considerados, no en su aislamiento ni en su exclusividad, sino en conjugación global y urbana.

Porque interesa la historia y mérito de una fachada o de un retablo o la escalera de un viejo palacio, como ha ocurrido siempre entre eruditos y arqueólogos, pero ahora, y en el trance histórico de Valencia, todo eso, con ser excelente y respetable, tiene un signo y un estandarte, tiene un propósito y una intención, cuales son el renacimiento de una ciudad al soplo alentador de una Historia.

Y será de este modo que el retablo y la fachada y el azulejo recobrarán vida auténtica en una decoración ciudadana para la cual se produjeron, no para ser piezas muertas de colección o museo.

La tarea, para esta reformatión urbana de Valencia, surgió de las tristezas y duelos de una ciudad, como ninguna otra, devastada por la vesania y furor anticristianos y destructores de masas inconscientes. Haríamos mal en no reflexionar, al reaparecer ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, ante la inmensidad de la catástrofe que ha sufrido Valencia y su Reino y que está exigiendo una catalogación de lo desaparecido y de lo supérstite.

Y es de la desgracia sufrida que surgen los problemas de restauración y rehabilitación monumental sobre los cuales es necesaria una meditación, que no

quiere decir pasividad ciertamente, pero sí una consciencia de lo que hay que hacer.

Situados los dos aspectos, de lo que en realidad es uno sólo, la orientación y decoración urbanística de Valencia resulta aquél provocado por una depuración del sentido urbanístico, descuidado siempre aquí, y por una necesidad de solventar bien las depredaciones e injurias de la revolución.



Patio del Real Monasterio de la Trinidad

Urbanísticamente el problema ha quedado planteado así por nosotros. El perímetro de la ciudad, cercado en gran parte por el cauce del río, es tan pequeño, que en él no son posibles concepciones viarias de gran desarrollo. Solamente, y a costa de enormes sacrificios financieros, es posible abrirse paso en una ciudad vieja para tajar, entre barriadas populosas y de calles estrechas e irregulares, grandes vías y avenidas, tras las cuales o en sus costados permanecería lo vetusto en discordia y contraste. Esos barrios, además, están sembrados de monumentos, de iglesias, de rinconadas y plazoletas que el sentido artístico general en el mundo entero consideran respetables y estimables.

¿Qué hacer? Las soluciones extremas y radicales son éstas: una, la destrucción completa, a tabla rasa, para que a terreno limpio se pueda proyectar una ciudad nueva. Otra, el respeto absoluto, el *noli me tangere* como norma rígida. Entre una y otra solución cabe la que nosotros preconizamos, que consiste, por un lado, en el abandono del reformismo *au trance* y cueste lo que cueste, de la Valencia vieja y, por lo tanto, en la renuncia a toda idea que consista en insertar en aquella vías modernas. Por otro lado, recomendamos un mantenimiento es-

tructural de lo antiguo, no por el hecho simple de serlo, sino como apoyo y justificación de una concepción artístico-histórica de la ciudad, para hacer de ella no un Museo muerto, sino para darle, contrariamente, una vitalidad espiritual, sin la cual la urbe carece de sentido y de interés.

Como fórmula ecléctica y de moderación entre términos extremos tiene la que preconizamos mayores dificultades de comprensión y de ejecución que cualquiera otra, pues se pretende con ella un trato especial de una ciudad vieja, que consiste, en primer lugar, en producir metódicamente la limpia y supresión de las construcciones neutras, que, naturalmente, por la pesadumbre de los años o por ruina deban desaparecer para no ser repuestas ya. Es la zafra o ganga del metal bueno que deben suprimirse poco a poco, sin reposición, creando vacíos nuevos en la aglomeración antigua, accesos cuando sean necesarios, puntos de contemplación, etc. Y al realizar esta labor nos encontraremos constantemente en Valencia con alguna de estas tres cosas que deben vigilarse y cuidarse: lo típico, lo pintoresco o lo monumental.

Ejemplos de estas tres categorías son: de lo típico, una plaza como la Redonda, una vez rehabilitada y organizada con buen gusto y civilidad; de lo pintoresco, encrucijadas o laberintos de calles estrechas, luego de aseadas y decoradas, y de lo monumental, la rinconada de una iglesia o la perspectiva de una torre.

No ignoramos que esta fórmula conservadora de las ciudades viejas necesita de una sensibilidad directriz extraordinaria y de una dirección dotada de muchas capacidades culturales como son el conocimiento de la historia de Valencia, de sus evoluciones arquitectónicas, de su clima, de las costumbres de sus habitantes y de un algo imponderable que sólo podemos formular con la denominación de espíritu de la ciudad. No es sólo arqueología —y falta hace que en nuestras técnicas municipales haya quien se especialice en ella arquitectónicamente—, es también sentido artístico para explotar a fondo una perspectiva o un ángulo o saber colocar en su sitio un árbol o un arbusto y de qué especies. Y retina pictórica para provocar luces o sombras en las noches encantadoras de una ciudad vieja.

Que esto es más difícil que una proyección puramente rectilínea, regular, a cargo de la piqueta demoledora, ya lo sabemos. Pero esto que no nos cansamos de recomendar, si se aspira a hacer de Valencia una ciudad interesante en lo que, por desgracia o suerte, es irrevocablemente viejo en ella, es fórmula ya muy conocida en urbanismo, y en tiempos recientes se ha planteado como «función moderna de las zonas antiguas de una ciudad». ¿Cuál? La de procurar para ellas una vitalidad acomodada a sus circunstancias, una vivencia ciudadana que, no por carecer de tranvías o de tráfico motorista o de tráfico comercial, dejan de ser más atrayentes. Y para beneficiar la vida residencial en esas zonas se aconseja que las grandes vías de circulación se tracen dejando aislados y marginales estos barrios antiguos, que, además de ser habitables, físicamente dan al espíritu quietud y complacencia.

Hace ya tiempo que la ciencia urbanística tiene criterios ciertos sobre problemas como el de Valencia, que es de conciliación y coincidencia de una ciu-

dad vieja y otra nueva, que se resuelven con estudio y adaptación a las realidades, sin repugnancia, antes con rebusca de lo antiguo, con despreocupación de la irregularidad y del accidente y del contraste, que suelen ser las características de las urbes antiguas por razones que suelen ignorarse, pero que tienen su motivación.

Este tema de la simultaneidad de ciudad vieja y ciudad moderna es hoy considerado con madurez en todo el mundo y prácticamente se ha presentado al reconstruir núcleos destruidos por las guerras y principalmente al modernizarse ciudades fuera de Europa, en las que dos civilizaciones o culturas distintas habían de convivir. Y surgiendo un escepticismo acerca del resultado de la urbe en su concepción última deshumanizada, y por respeto, además, a las antiguas, toda ciudad que hoy no se construye de nuevas sobre un terreno inédito y raso, es un doble urbano de viejo y de moderno. Y así también en las ciudades europeas de gran expansionismo, donde lo antiguo no se destruye, sino que se acota para beneficiarlo con un trato especial.

No desconocemos que la topografía de la ciudad de Valencia en sus zonas antiguas tiene dificultades para la aplicación a ellas de las fórmulas que aconsejamos y nacen los obstáculos del hecho de que nuestra ciudad es una urbe que hemos llamado de «entra y sale», pues es extraordinaria la proporción de personas que no viven en ella, sino que llegan a ella diariamente desde su gran «hinterland» y vuelven a salir en la jornada. Es decir, Valencia no es una ciudad demográficamente estable, con una pequeña ondulación en el curso del día, como es lo más frecuente. Por el contrario, en Valencia entra y sale diariamente un porcentaje extraordinario de personas que no pernoctan en la ciudad, y una característica que complica el problema es que una mayoría de este tráfico de «va y ven», de «entra y sale», procede del «hinterland» Norte, con sus populosas barriadas de Sagunto, Alboraya y de las aportaciones de los ferrocarriles y tranvías rurales.

Y, hoy como ayer, el problema constante es el de dar accesos a la ciudad que por la Zona Norte antedicha resultan difíciles por tropezar con las estrecheces de la ciudad vieja. Por ello el Consejo de la Ciudad, con una política urbanística que figura en sus actas y acuerdos y que es digna de estudiarse, constantemente acordaba la apertura de más y más puertas y «portells» para satisfacer las necesidades de acceso.

No existe el mismo conflicto ni por el Sur ni por el Oeste de la ciudad por coincidir con las zonas abiertas y libres de río, pero en las flanqueadas por el cauce turiano y urbanamente densas, el problema tiene dificultades dignas de estudio.

* * *

Dentro de una Valencia vieja, tratada con los criterios estéticos modernos, es el Monumento uno de los factores, que, con lo típico y lo pintoresco, contribuyen a la formación de una unidad urbana antigua.

Es de tiempos muy modernos la consideración de lo típico y de lo pintoresco. Para los viajeros y descriptores de ciudades solía pasar desapercibido hasta que el popularismo y romanticismo del XIX supieron encontrar encantos en las

maneras, tonos y actitudes del pueblo y comenzaron a registrar el color de sus trajes y sus costumbres en lo bueno y en lo malo.

Más antigua es la consideración del Monumento y de ello tenemos ejemplos abundantes, en los cuales la iglesia, la torre o el palacio valencianos son descritos detalladamente por propios o extraños; pero, aparte de elogios amplios e imprecisos al conjunto de la urbe, el Monumento se describe siempre como indi-



Edificio de San Pío V, hoy Museo de Bellas Artes y Real Academia de San Carlos, antes del derribo de su cúpula

vidualidad independiente y aislada, nunca como elemento de una panorámica urbana. Es ahora que concebimos al Monumento como factor de un *paisaje* arquitectónico, y así advertimos la belleza de un campanario en la escena como lo hacemos en la naturaleza campestre al contemplar una encina o un grupo de arbolado de cuya presencia o ausencia depende la perfección del panorama.

Y Valencia tiene, siguiendo el símil anterior, un característico *paisaje* en sus zonas viejas, formado por la abundancia de monumentos, a pesar de la inicua destrucción de los desaparecidos, con la singularidad de no estar aquéllos concentrados en un punto, sino distribuídos por todo su perímetro. Y esto ocurrió porque muchos de ellos, especialmente de tipo conventual, se establecieron fuera de murallas o en las inmediaciones interiores de ésta. Recordamos a este propósito un capítulo de las Cortes de Monzón en 1626, en las que se acordó, a propuesta del Brazo real, que no «sien edificats Convents de religiosos dins de les muralles de la Ciutat, sino fora de les dites muralles», y que sin licencia del Rey no se «puguen edificar de nou Monestirs alcuns dins los murs de la Ciutat de Valencia».

Por esta y otras razones que suponen no otra cosa que un criterio urbanístico

situado en siglos pasados, la riqueza monumental de nuestra ciudad y su *paisaje* están muy distribuídos. Sirva de ejemplo, para lamentar su mal trato y olvido, el paseo de la Pechina, que tenía dignidades recepcionales y decorativas frente al escenario fluvial y huertano que las generaciones últimas no saben apreciar. Y partiendo de ese punto, que puede servir de inicio de un itinerario urbano, cualquier persona sensible puede apreciar que en primer término el encauzamiento del río es la bandeja monumentalista de Valencia con sus decoraciones de puentes y casilicios y sus riberas silueteadas de torres y campanarios, con bellezas como la portada gótica de la Trinidad, medio escondida a la contemplación.

Y entrando en Valencia por ese Norte de las grandes solemnidades, comienza toda una teoría de monumentos, próximos unos a otros, damnificados unos, rendentos otros, esperanzados algunos, pero todos necesitados de una conjugación urbanística a la que no es obstáculo la diversidad de estilos ni la discriminación de lo bueno, lo regular o lo malo, pues, por encima de la estilística urbana, los núcleos antiguos tienen una pátina común, un aire familiar que, por otra parte, no suponen excusas para el aseo y para la dignidad arquitectónicos.

Unidad sentimental se ha llamado a esta diversidad de estilos concurrentes en un sitio o ciudad determinados, y, ciertamente, esta confluencia de maneras diversas conviviendo durante siglos, mirándose cada mañana al amanecer y despidiéndose con la noche, contemplando conjuntamente unos mismos acontecimientos y el desfile sucesivo de generaciones, ha hecho, por ejemplo, que en la plaza de la Seo, «de la Seu» o de la Virgen o de la Catedral, como quiera llamarse, de Valencia, se haya creado una unidad urbana de dicho tipo sentimental por encima de la diversidad de la Puerta de los Apóstoles, de la Generalidad, de la Capilla de la Virgen y de la Casa Vestuario, cada una con sus trazas distintas y de variados estilos.

Pues esta diversidad acorde es la que también se produce en la variación estilística valenciana con sus tres temáticas principales: la gótica, la neoclásica y la barroca, lógica cada una de ellas con un momento histórico-artístico de Valencia, y entre las cuales podemos tener preferencia con inclinación a una o a otra, pero que indudablemente todas sirven para el desarrollo de una configuración monumentalista de Valencia.

Y, además, por encima de tejados, existe en la panorámica de Valencia toda una superestructura aérea formada por torres, y cúpulas, y campanarios, y veletas, y agujas que festonean arquitectónicamente el conjunto urbano. Todas son necesarias para mantener nuestro *paisaje* ciudadano, y cuando alguna ha faltado, como la cúpula de San Pío V, lo hemos llorado, y cuando corrió peligro el campanario de San Bartolomé acudimos a defenderle.

De este modo, en el renacimiento de ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, un gran retablo urbano, muy viejo y muy nuevo, la ciudad, como sujeto de Arte, se presenta a la estimación y cuidado de sus amigos.

S. Ferrandis Luna, Marqués de Valverde.